

LA RELACIÓN ENTRE LAS METAS DE DESARROLLO Y LA PROBLEMÁTICA ECOLÓGICA EN LATINOAMÉRICA

H. C. F. MANSILLA

DESDE HACE ALGUNOS años se puede constatar la formación de ciertos frentes entre los países del Tercer Mundo, los que son aun de naturaleza rudimentaria, pero cuya importancia se deriva del hecho de que han surgido a pesar de las notables diferencias ideológicas y de los distintos niveles de desarrollo existentes en aquellos países. Esta formación de frentes sirve de base al principio de una posible estrategia a largo plazo, que a fin de cuentas estaría dirigida contra los intereses de las naciones altamente industrializadas del Norte: numerosos países del Tercer Mundo trabajan por la edificación lenta pero constante de bloques económicos y comerciales, para defender en los mercados mundiales intereses y metas comunes y para desplazar de ellos la relativa dominación de las naciones industriales. Una parte considerable de aquella estrategia consistiría en llevar a cabo un desarrollo económico acelerado que incluya sobre todo un proceso de industrialización. Lo notable en este asunto es una tendencia recurrente en la opinión pública del Tercer Mundo, inclinada a descuidar conscientemente la problemática de los efectos laterales del desarrollo y el progreso: los desequilibrios ecológicos y la explosión demográfica. Esta propensión parece tener validez igualmente en América Latina. Paralelamente se puede comprobar que las tomas políticas de posición de las corrientes más diversas referidas a problemas demográficos y ecológicos denotan una gran semejanza, que probablemente no es casual. Este hecho se manifiesta en que —salvo algunas excepciones importantes— se resta importancia sistemáticamente a los desarreglos ecológicos y se considera toda limitación del incremento poblacional como una recomendación perversa del imperialismo metropolitano.

Esta problemática contiene peligros a largo plazo para las perspectivas latinoamericanas de desarrollo, principalmente a causa de las consecuencias acumulativas del aumento demográfico impetuoso, de la utilización acelerada de los recursos naturales y de los perjuicios crecientes en los ecosistemas. Una explicación adecuada de este complejo no puede renunciar a investigar las metas de desarrollo que son, en el fondo, la aspiración

general, y a las cuales están referidos todos los procesos de crecimiento, modernización y progreso. La cuestión acerca de las verdaderas metas de la evolución socio-económica puede ser clasificada si se estudia la esfera de las concepciones, ideales y anhelos colectivos.

El aspecto más relevante de la conciencia colectiva latinoamericana estaría constituido por el contenido concreto de sus modelos de desarrollo y por su relación hacia las líneas directrices de la evolución metropolitana. En lo que se refiere a los modelos de desarrollo, se puede afirmar con cierta seguridad que aquella conciencia ha sido conformada decididamente por los efectos de demostración de la cultura metropolitana; esta recepción de valores de orientación de origen externo ha sucedido, sin embargo, en medio de un contexto socio-cultural, en el cual se ha enfatizado preponderantemente la necesidad de un camino propio de desarrollo y de una cultura genuinamente nacional. Para esclarecer adecuadamente esta materia tan complicada como dicotómica, parece ser indispensable analizar más de cerca los diferentes niveles de la conciencia colectiva. En semejanza a la psique individual se puede postular la existencia de un super-ego colectivo, es decir de una instancia del preconscious colectivo, que quedaría entre la esfera del subconsciente y el terreno de la conciencia plena. Como en el caso del super-ego individual, el preconscious colectivo estaría formado por pautas de comportamiento, valores de orientación e imágenes normativas que son traídas al sujeto desde afuera e internalizadas a lo largo de un proceso tan dilatado como prelógico. Los elementos del preconscious no conforman normas y criterios ganados en una discusión crítica y durante un proceso autónomo y racional; en el caso del preconscious colectivo en América Latina se puede partir en principio del hecho de que los valores de orientación han sido tomados de la cultura y tradición de los centros metropolitanos. Y justamente a causa de este carácter prelógico se origina la probabilidad de que las metas normativas del preconscious colectivo puedan escaparse a un análisis racional de su deseabilidad, amplitud e intensidad y que se les atribuya paulatinamente la calidad de procesos inevitables como las leyes de la naturaleza.

En la constelación actual latinoamericana, que se caracteriza por mantener lazos muy estrechos con los centros metropolitanos, la posibilidad de un modelo totalmente autóctono de desarrollo se hace cada vez más improbable; hasta las imágenes de las capas subprivilegiadas han sido influenciadas por la propaganda, la escuela y los medios masivos de comunicación, de tal forma que esas imágenes contienen elementos esenciales de la cultura metropolitana en el campo del consumo como si fuesen ingredientes absolutamente propios e irrenunciables.

En el nivel superior del preconscious colectivo se pueden detectar dos metas normativas principales que, gracias a su índole generalizada, per-

tenecen al fondo común de diversas corrientes político-ideológicas y que tienen su origen muy probablemente en la evolución de las sociedades de Europa Occidental:

1. La consecución del nivel tecnológico-económico de los centros metropolitanos por medio de una modernización masiva y forzada, que incluye sobre todo el proceso de una amplia industrialización y que tiende a alcanzar a largo plazo el *standard* de vida de las naciones altamente industrializadas.
2. La extensión y consolidación del Estado nacional. Tales metas aspiran a su vez en forma inequívoca a la elevación del rango de la propia nación en el concierto internacional de países, y están obligadas indirectamente a la concepción de una autarquía bastante dilatada.

La adopción de metas normativas de otras culturas requiere de una ideología legitimizadora, que haga aparecer esa adopción como aceptable y lícita. Generalizando se pueden divisar dos momentos fundamentales del pensamiento latinoamericano, que la conciencia colectiva ha elaborado para legitimizar las normas y metas determinadas preconscientemente:

1. La idea de que el progreso tecnológico-industrial es un proceso universal, immanente a todas las culturas y por lo tanto una especie de ley de la naturaleza. Consecuentemente, todos los problemas que resultan de la constitución físico-geográfica de cada país y de su dotación con recursos naturales son desplazados del centro de la atención; simultáneamente es subrayada una creencia un tanto ingenua en la omnipotencia de la tecnología "universal", de la cual se espera la solución de todas las dificultades del desarrollo.¹
2. El renacimiento de los aspectos supuestamente progresivos de las tradiciones genuinas latinoamericanas, especialmente en el campo de la cultura política y de las pautas deseables de comportamiento, sobre todo dentro del cuadro de las ideologías de desarrollo nacionalistas, reformistas y neoconservativas. Estas corrientes aspiran a una vía autóctona de desarrollo, que anude con las tradiciones y los valores rectores de la época colonial española y del periodo republicano y que se separe del modelo de desarrollo liberal-burgués y anglosajón. Resulta, sin embargo, notable que esta dirección del pensamiento, en la determinación de los elementos autóctonos de su modelo, ese límite a realzar las actitudes y pautas consuetudinarias y a hacer la apología

¹ Un ejemplo de esto representa la obra de Ramón Losada Aldana, *Dialéctica del subdesarrollo*, México: Grijalbo 1969, p. 89, la cual reproduce las concepciones de los partidos comunistas ortodoxos a un nivel elevado.

de los componentes centralistas y autoritarios de la tradición ibero-católica; igualmente interesante es el hecho de que justamente estos aspectos desempeñan un papel significativo en la formulación de concepciones de desarrollo revolucionarias y radical-socialistas en América Latina.² El presidente argentino Juan D. Perón, fue uno de los primeros en proponer un modelo de desarrollo nacionalista-reformista, que unía la meta de una industrialización forzada con el rechazo a las ideas liberal-democráticas y con el renacimiento de valores rectores de origen hispano-católico.³

La difusión de estas ideas por encima de los partidos hace suponer que se han convertido en uno de los núcleos de las metas latinoamericanas de desarrollo, precisamente a causa de una constelación histórica única, en la cual los valores y modelos sujetos a la tradición parecen suministrar, a corto plazo, una ayuda muy efectiva para la implementación de las metas de desarrollo del preconsciente colectivo: la promoción de un crecimiento demográfico acelerado y la bagatelización de la problemática ecológica corresponden al tenor de aquellos valores tradicionales y parecen coadyuvar a un proceso acelerado de desarrollo. La conservación de valores tradicionales en el campo político-cultural sugiere, además, la creación de un modelo autóctono de desarrollo y facilita, en el terreno tecnológico-económico, la adopción de modelos normativos de proveniencia no autóctona. La renovación de valores tradicionales, justamente en nombre de un proceso acelerado de desarrollo, viene al encuentro de los prejuicios profundamente enraizados y de las metas largamente anheladas del preconsciente colectivo, y contribuye a conservar fragmentos de una identidad nacional y de una creación cultural propia. Los fenómenos de la cultura política representan, por otra parte, el "eslabón más débil" de las diversas cadenas de comunicación que unen a los centros metropolitanos con las periferias meridionales; precisamente en este campo la negativa a las normas y modelos "extranjerizantes" parece más fácilmente factible, y la ilusión de una vía autóctona de desarrollo más creíble. Hasta ahora es difícil liberarse de la impresión de que las corrientes socialistas y nacionalistas —como las tendencias progresistas más relevantes del área latinoamericana— se han limitado, en lo referente a la cultura po-

² Cf., las obras de los publicistas latinoamericanos de tendencia socialista más conocidos: Jorge Abelardo Ramos, *De octubre a septiembre*, Buenos Aires: Peña y Lillo 1974, pp. 175-235; Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, México, Buenos Aires: Siglo XXI 1972, pp. 293-306; A. G. Frank, *Lumpenburgesía: lumpendesarrollo*, México: Era 1971, p. 62.

³ J. D. Perón, *Doctrina revolucionaria*, Buenos Aires: Freeland 1973, p. 295; Perón, *La hora de los pueblos*, Buenos Aires: Pleamar 1973, pp. 11 s.

lítica, a proyectar un sistema de centralización superior y dirección antipluralista; un sistema que favorece la coherencia social y refuerza la lealtad hacia el Estado por medio de las normas colectivistas, pautas de comportamiento autoritarias y valores éticos tradicionales.

Bajo el manto de este autoctonismo político-cultural, las diferentes corrientes ideológicas aspiran, con la conciencia tranquila, a alcanzar un alto nivel de industrialización, un Estado nacional fuerte y expansivo, así como un elevado *standard* de consumo masivo en calidad de anhelos colectivos irrenunciables, como si estos anhelos fuesen elementos derivables de la tradición propia y no momentos derivados de los centros metropolitanos. Las repercusiones de los efectos de demostración pueden ser calificadas de profundas y generalizadas: la ocupación de la conciencia colectiva latinoamericana está centrada en torno al progreso material y se agota frecuentemente en la elaboración de ideologías, que en nombre de un pretendido autoctonismo y una supuesta preocupación por la justicia social tratan de justificar la imitación acelerada de la civilización industrial. Por eso no puede descartarse el reproche de que casi todos los modelos progresistas de desarrollo en América Latina, incluyendo a la Revolución Cubana, están fijados negativamente a los valores de la orientación de las sociedades altamente industrializadas, sean éstas de economía privada o de socialismo estatal.

En el caso de la ciencia social presuntamente crítica, particularmente en las teorías latinoamericanas de la dependencia,⁴ se puede señalar su concepto meramente instrumentalista de racionalidad en sus metas sociales explícitas: crecimiento, progreso, industrialización, que tienen la validez de obvias y de las cuales se espera casi automáticamente la realización de un orden emancipado. Estas teorías son proclives a identificar situaciones de dependencia exclusivamente con limitaciones a la reproducción ampliada, a la industrialización y al desenvolvimiento tendencialmente autárquico, limitaciones, de las cuales se cree que son impuestas por los centros metropolitanos.⁵ De acuerdo a este pensamiento, el crecimiento demográfico es considerado como una condición favorable y necesaria para el desarrollo de todas las sociedades,⁶ máxime si un rápido incremento po-

⁴ Sobre una crítica general a las teorías de la dependencia cf. David Ray, "The Dependency Model of Latin American Underdevelopment. Three Basic Fallacies", en: *Journal of Inter-american Studies and World Affairs*, vol. 15, núm. 1 (febrero 1973); T. T. Evers/Peter von Wogau, Dependencia: *Lateinamerikanische Beiträge zur Theorie der Unterentwicklung* (Contribuciones latinoamericanas a la teoría del subdesarrollo), en: *Das Argument*, vol. 15, núm. 4/6 (c. 79, julio 1973).

⁵ Losada Aldana, *op. cit.*, p. 87.

⁶ Angel Fucaraccio et al., *Imperialismo y control de la población*, Buenos Aires: Periferia 1973, p. 142.

blacional sería un factor positivo en la lucha anticolonialista. Un número elevado de habitantes es igualmente deseable porque, como masa empujadora cuestionará el sistema en forma más pronto y radical.⁷

En los programas de los partidos políticos, en las declaraciones de la Iglesia católica y en el proceso de formación de opiniones políticas de las élites funcionales se manifiesta una tendencia semejante de subordinación de la problemática ecológica y demográfica a las necesidades del desarrollo acelerado. Lo que llama la atención en todas estas exposiciones programáticas es tanto la intensidad como el carácter obvio con los que se aspira a la consecución del nivel tecnológico-económico de los centros metropolitanos, ante los cuales las diferencias entre los partidos aparecen como secundarias. Entre las cosas comunes a los diversos partidos se halla el fundamento teórico, del cual provienen la apología del rápido incremento poblacional y la coonestación de la crisis ecológica. En representación de corrientes políticas muy divergentes se puede señalar la tesis postulada por el ex-presidente demócrata-cristiano de Venezuela, Rafael Caldera, según la cual América Latina sería un continente casi vacío, lleno de espacios dilatados y promisorios, que deben ser colonizados con los métodos intensivos de producción que habrían dado tan buenos resultados en regiones densamente pobladas. Por ello, la explosión demográfica no sería un problema importante en América Latina.⁸ Al dirigente demócrata-cristiano boliviano, Remo di Natale, le corresponde el mérito de haber expuesto con claridad inequívoca un lugar común de la conciencia colectiva latinoamericana: la sobrepoblación no es ni siquiera una amenaza remota en América Latina, y, por tanto, debe cesar cualquier control de la natalidad como instrumento de desarrollo. La densidad general es muy baja en el continente; Argentina debería tener unos trescientos millones de habitantes presuponiendo la densidad demográfica de Israel, que es considerada como ejemplar. "América Latina debe saludar jubilosamente la explosión demográfica porque en los tiempos que corren el horizonte presenta destellos de esperanza sólo a los países gigantes, y el primer requisito que ha de llenar el país que aspire a gigante es tener una población enorme".⁹ Perón, también un enemigo declarado de todo control demográfico, se expresó sólo por una población de cien millones para la Argentina.¹⁰

⁷ *Ibid.*, pp. 16, 25, 101.

⁸ Rafael Caldera, *Crucial Test for Christian Civilization*, en: William Manger (comp.), *The Alliance for Progress. A Critical Appraisal*, Washington: Public Affairs Press 1963, pp. 29 s.

⁹ Remo di Natale, *América Latina hoy: esquemas populares demócrata-cristianos*, Caracas: Nuevo Orden 1964, pp. 23 s.

¹⁰ J. D. Perón, *Doctrina revolucionaria, op. cit.*, p. 61.

En la discusión de la problemática ecológica, la conciencia colectiva intelectual es proclive a juzgar las medidas para protección del medio ambiente a largo plazo y para conservación de los recursos naturales desde un punto de vista pragmático-utilitarista, a saber: si aquellas medidas se traducen a corto plazo en una promoción de las metas normativas del preconsciente colectivo. Las medidas para protección del medio ambiente tienen, sin embargo, como consecuencia costos sociales crecientes y exigen, en general, montos elevados de inversión; repercuten negativamente en los precios de exportación de las materias primas, lo que puede originar desventajas en la competencia de los mercados. Por esto, esas medidas son consideradas como un lujo que las sociedades latinoamericanas no deberían permitirse.¹¹ Que los recursos naturales no se acercan en manera alguna a su agotamiento, es usado como un argumento para probar lo vano de las preocupaciones ecológicas; la misma función desempeña el juicio de que nuestros conocimientos sobre los ecosistemas son tan reducidos que no se pueden postular medidas realmente positivas para la protección del medio ambiente.¹²

Esta esfera de concepciones sobre el desarrollo está separada por todo un mundo de la evolución ecológica y demográfica real en el área latinoamericana. Mientras la población mundial creció entre 1930 y 1970 en un 67% (la europea en un 30%), la tasa de crecimiento en América Latina fue de un 155%; según las proyecciones de las Naciones Unidas, América Latina tendrá aun en el futuro previsible la tasa de crecimiento regional más alta del mundo: algo más del 3% anualmente. En contraposición a una opinión muy difundida esta tasa de crecimiento no representa, en la inmensa mayoría de los casos, una contribución positiva a un desenvolvimiento equilibrado de las sociedades latinoamericanas; es digno también de mención el hecho de que la presión demográfica es particularmente elevada en el área centroamericana y en los países del Caribe, es decir, en zonas que ya poseen una densidad de población relativamente alta, que disponen de recursos naturales muy limitados y que están apenas en la posibilidad de crear una parte de los puestos de trabajo para una sociedad

¹¹ Galo Plaza, entonces Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA), en su discurso ante el Congreso de las Naciones Unidas sobre cuestiones ecológicas en Estocolmo (1972), en: *Américas*, vol. 24, núm. 9 (septiembre 1972), p. 3.

¹² Cf., dos declaraciones de igual contenido provenientes de las posiciones fundamentalmente opuestas en el espectro político (un embajador ante Naciones Unidas, un cientista social, ambos brasileños): Miguel A. Ozorio de Almeida, "El mito del equilibrio ecológico", en: *El Correo de la UNESCO*, vol. xxvi (enero 1973), pp. 26, 28; José de Castro, "El subdesarrollo, primera causa de la contaminación", en: *ibid.*, pp. 22 s.

que se reproduce rápidamente. Un obstáculo esencial para el desarrollo reside en el proceso de que un incremento poblacional muy alto hace obsoleto el progreso económico acelerado, ya que las inversiones adicionales de cada nuevo año tienen que ser destinadas principalmente para la creación de nuevas fuentes de trabajo y la producción de los bienes más indispensables para la alimentación y la vivienda de un número siempre mayor de habitantes. Esta tasa de inversión demográfica relativamente elevada, que existe independientemente de la constitución socio-económica de la sociedad respectiva, presagia un modelo de desarrollo, que seguramente se establecerá en aquellos países con una presión demográfica alta: un producto nacional que apenas se incrementa a pesar de los esfuerzos más grandes, una estructura económica que se amplía lentamente en medio de innumerables dificultades y un sistema de servicios sociales premanentemente sobrecargado —y todo esto, en el mejor de los casos, para alcanzar un mejoramiento modesto del consumo masivo, pero a la vista de una escasez creciente de recursos naturales, de una contaminación en aumento del medio ambiente y de una calidad de la vida decreciente para los futuros ciudadanos.

En realidad, la explosión demográfica manifiesta la irracionalidad de los ambiciosos programas de desarrollo que se rigen principalmente por el crecimiento de orden cuantitativo, pues todos estos programas pasan por alto las repercusiones combinadas de la agricultura, la industria y la urbanización sobre los ecosistemas, es decir, sobre aquellas unidades funcionales de nuestra biosfera, que consisten en la interconexión de elementos orgánicos con el medio material y de las cuales dependen todas las formas de desenvolvimiento biológico. El equilibrio de los ecosistemas en América Latina está hoy en día ya gravemente amenazado, no solamente por la magnitud monstruosa del proceso de urbanización, sino también por la forma e intensidad en la utilización de recursos naturales.

La rápida urbanización en el Nuevo Mundo trae consigo un enorme daño para el medio ambiente: miles de kilómetros cuadrados de estepas, praderas y bosques son arrebatadas anualmente a la naturaleza; los ríos tienen que soportar una cantidad creciente de residuos de toda clase y la atmósfera de las ciudades tiene que degradar un aumento anual considerable de gases tóxicos. Teniendo en cuenta el ritmo acelerado y la forma caótica de la urbanización, se puede afirmar que a muchos latinoamericanos les espera el destino de los habitantes de la ciudad de México y São Paulo: una de las concentraciones más altas del mundo de sustancias dañinas en el aire, una administración municipal complicada y torpe, cercana al colapso, servicios públicos de baja calidad, los problemas de tráfico más graves del Nuevo Mundo y la transformación de sus habitantes en ciudadanos de segunda clase: personas que tienen que desperdiciar una bue-

na parte de su tiempo en problemas de transporte, que están sometidas a un ritmo de vida inhumano, que tratan de liberarse de sus frustraciones acumuladas por medio de agresiones y de comportamiento anómico y que consideran el aire puro, el contacto con la naturaleza y la tranquilidad como lujos inasequibles.

Fuera del ámbito urbano los desarreglos ecológicos de gran magnitud están igualmente a la orden del día. En el corazón de Sudamérica, en la zona limítrofe de Argentina, Brasil, Bolivia y Paraguay se extienden los dilatados territorios del Chaco y Mato Grosso, una gran sabana subtropical con bosques mixtos aislados. Desde hace algún tiempo se intenta integrar a esta región en los circuitos económicos de los países respectivos, mediante su apertura para una agricultura intensiva y extensiva, para ganadería e industria maderera. Un sensible incremento de la población allí establecida, la tala de los bosques y el acrecentamiento de la presión general sobre el ecosistema han conducido en un tiempo relativamente corto a amenazar seriamente la facultad de regeneración de los sistemas naturales, a causar modificaciones climatológicas y una erosión irremediable y a cierta disminución de la productividad agrícola. Otro ejemplo, a largo plazo aún más relevante, es la apertura de la región amazónica al progreso. Esta zona abarca la selva tropical más grande del mundo, que tiene una importancia sencillamente indispensable para la regeneración del oxígeno atmosférico a nivel mundial —un punto vital poco conocido. La selva tropical conforma el ecosistema más vulnerable de la Tierra: es casi totalmente incapaz de regeneración, particularmente sensible a irrupciones en sus partes, conservable sólo como una totalidad y de una significación económica relativamente reducida. Desde hace algunos años, el gobierno brasileño y los particulares trabajan intensamente por arrancar un beneficio económico a este último reducto de la naturaleza intacta: por medio de la construcción de una dilatada red de carreteras, mediante la prospección de recursos minerales y, sobre todo, por la tala de árboles y el aprovechamiento agrícola y ganadero. Lo significativo en este contexto es el hecho de que ninguna corriente política haya criticado la apertura de la región amazónica como tal; las objeciones se han referido a cuestiones como el desplazamiento de los intereses extranjeros, la militarización del territorio y el orden de propiedad. La crítica de proveniencia izquierdista se ha agotado frecuentemente en la observación de que el gobierno militar no se preocupó lo suficientemente temprano por la región y que la apertura no sucede con la intensidad necesaria y la amplitud deseable. La misma crítica ha calificado la probabilidad de serias modificaciones climatológicas, el surgimiento de innumerables desequilibrios ecológicos y la destrucción del último reducto intacto de la naturaleza como preocupaciones vanas de carácter utópico.

La mayoría de los modelos de desarrollo parten implícitamente de la suposición de que la dotación de recursos en América Latina permite el desarrollo de un régimen económico de índole diversificada en dirección hacia una industrialización total y que, simultáneamente, la capacidad de resistencia de los ecosistemas debe ser extremadamente alta. Mediante comparaciones mecanicistas con el proceso de la primera industrialización en Europa Occidental o con la densidad poblacional en Holanda o Israel, la conciencia colectiva pasa por alto el nexo completamente diferente entre sociedad y naturaleza en el área latinoamericana y, sobre todo, la situación liminar del continente, la que resulta de la existencia de enormes extensiones de montaña, desierto, estepa y selva, además de una composición relativamente desfavorable de la mayoría de los suelos. En contraste riguroso con Europa Occidental, la gran parte de los suelos que pueden ser aprovechados en la agricultura, denotan una capa de humus que es en promedio más delgada y fundamentalmente más proclive a la erosión, más pedregosa y más lenta de regeneración que en el Viejo Mundo. Entre las excepciones están únicamente las pampas argentinas y algunas zonas de origen volcánico en el territorio del Caribe, las que conforman un porcentaje pequeño de todos los suelos agrícolas utilizables.

El considerable desalojamiento de esta problemática de la conciencia colectiva sugiere la conclusión de que hay un amplio consenso en América Latina sobre la situación liminar y las metas del desarrollo, pero un consenso que parte posiblemente de suposiciones poco realistas, pero que constituye, sin embargo, un conjunto de imágenes e ideales que garantizan la identidad de casi todas las tendencias políticas. Parece, por lo tanto, improbable, que alguna corriente política importante aconseje un crecimiento lento de la economía o que llegue a implementar medidas ecológicas y demográficas que impliquen simultáneamente un desaceleramiento del crecimiento o costos de producción más altos a corto y mediano plazo. Las corrientes revolucionarias derivan igualmente de la legitimidad de su actuación de la creencia en que los partidos y los gobernantes tradicionales no estarían en capacidad de ejecutar un programa acelerado de modernización e industrialización.¹³ En estas circunstancias, el socialismo es reducido a la función de solucionar las dificultades del subdesarrollo, es decir, de superar la falta de una moderna sociedad industrial.

Fascinada por los efectos metropolitanos de demostración, la conciencia colectiva ha emprendido la tarea ideológica de justificar la adopción de las normativas de la moderna sociedad industrial recurriendo a un modelo político pretendidamente autóctono, por lo cual este pensamiento re-

¹³ Cf. Ramos, *op. cit.*, 232, 235; Darcy Ribeiro, *Der zivilisatorische Prozess* (El proceso civilizatorio), Frankfurt: Suhrkamp 1971, pp. 174 s.

nuncia a la posibilidad de concebir una solución a largo plazo para los complejos problemas de desarrollo en un medio ambiente expuesto cada vez a más peligros, y ante una situación caracterizada por una escasez de recursos que tiende a agravarse. Esta constelación permite sacar la conclusión de que el desarrollo general latinoamericano, tanto en el terreno de la teoría del desenvolvimiento histórico como en el de la praxis económica, imita la evolución de las naciones industrializadas, ya que se orienta más al progreso material que a la emancipación humana: el confundir medios y fines, el encadenamiento de un desarrollo bien logrado a las tasas de incremento de producción y productividad, y la identificación exclusiva de modernidad con industrialización representan en su totalidad los elementos que marcan la marcha victoriosa de una racionalidad meramente instrumental, en la que los humanos —como magnitudes cuantificables— están al servicio del desarrollo económico, y no viceversa.